

VARIA

DOS TRATADOS DE BENITO ARIAS MONTANO

En los dos últimos congresos de la «International Organization for Masoretic Studies» (Chicago 1988, Lovaina 1989) presenté sendas ponencias sobre los tratados *Benedicti Ariae Montani Hispalensis de varia in Hebraicis libris lectione, ac de Mazzoreth ratione atque vsv* y *Benedicti Ariae Montani de Psalterii Anglicani exemplari animadversio*. Aunque estos trabajos se publicarán en las respectivas actas de las sesiones ¹, la extensión acordada para las ponencias, propia de actas de congresos, no permitió dar cabida allí a la traducción de los tratados. Me alegra, por otra parte, el poder publicarlos en el volumen del cincuentenario de *Sefarad*, en recuerdo del gran filólogo y biblista español del siglo XVI que durante tantos años diera nombre a un Instituto del CSIC; como publicación de ese Instituto, el nombre de Arias Montano aparecía también en el subtítulo de esta revista.

Los dos textos latinos forman parte de los varios tratados incluidos en el tomo de *Apparatus* de la Biblia Regia. Su misma disposición es curiosa. El primero se inicia en página impar, con un mero encabezamiento, en vez de la portada que precede a la mayoría de los tratados; en su título se han utilizado los cuerpos y tipos empleados en la segunda página de los que tienen portada propia; tras el título general, reza *Praefatio ad lectorem*. A mitad de su página tercera, en la que parece darse fin al tratado —así lo sugiere el que se consigne la fecha— aparece, con título en cuerpo algo menor y todo el texto en cursiva, el segundo de los tratados, que ocupa el resto de la página tercera y casi la totalidad de la cuarta. Las páginas cinco, seis, siete y ocho contienen la lista de variantes יתיר, קרי, כתיב ².

La incógnita es: ¿por qué romper la clara unidad del primer tratado, formado por el *Praefatio* y la lista, con el texto de un segundo

¹ Las primeras, editadas por E. J. Revell; las segundas, por A. Dotan. [En prensa].

² Sobre el carácter y contenido de esta lista *vid.* María Teresa ORTEGA MONASTERIO, «Ariae Montani List of Qere-Ketib-Yattir Readings», en las actas del congreso de Lovaina.

tratado de tema distinto y concreto? Como persona familiarizada con métodos de imprenta aún no demasiado lejanos, sugiero la posibilidad de que el impresor solicitara un texto «de relleno», para que la lista de יתיר קרי, כתיב, pudiera comenzar página —la quinta— sin que en la tercera quedara un gran espacio en blanco, por la simple razón tipográfica de que «no es estético». Pudiera avalar esta hipótesis la comparación del tono doctrinal y solemne del latín del primer tratado, habitual en los textos del *Apparatus*, con el de talante algo más familiar, ligero y aun irónico del segundo.

He traducido ambos textos de la forma más literal posible; las notas referentes a su contenido se encontrarán en los trabajos citados en la nota 1.

Benedicti Ariae Montani Hispalensis de varia in Hebraicis libris lectione, ac de Mazzoreth ratione atqve vsv

Desde hace largo tiempo los antiguos Israelitas tuvieron gran escrúpulo y cuidado de conservar la lectura de los libros sagrados, y aquel tesoro, a ellos confiado y encomendado por voluntad divina, en el que se contenían los misterios de la vida eterna, fue considerado digno de la mayor atención y cuidado y merecedor de ser conservado de forma tal, que se velara de todas formas y maneras para que no sólo en una palabra sino ni siquiera en el menor de sus detalles pudiera causarse detrimento. Nunca se concibió un asunto más apropiado y merecedor de ser conservado que el que en las mentes de todos permaneciera firme con gran desvelo, desde los albores mismos de la infancia, la asidua lectura, meditación, recitación y pronunciación. De esta manera, no sólo pudo conservarse incorrupta la verdad de los libros, sino también sacarse el mayor provecho de la sabiduría en ellos contenida y obedecer el mandato de Dios, por quien fue ordenado el cuidado y conocimiento de la ley y su disciplina. Como está escrito: «Oye Israel las ceremonias y juicios, que yo hablo hoy en vuestros oídos: aprendedlos, y cumplidlos por obra» [Dt 5,1] ³. Aunque los sagrados libros de la ley divina escritos por Moisés, que habían de ser conservados piadosísimamente, fueron depositados en el arca del tabernáculo interior, sin embargo, muchos ejemplares de aquellos sacerdotes a quienes se había confiado ese encargo, obras escritas por su mano o por las

³ Cito los tres fragmentos de Deuteronomio (5,1; 4,1-2; 4,9) de acuerdo con la traducción y ortografía de Felipe SCIO DE SAN MIGUEL, *La Santa Biblia*. Traducida al español de la Vulgata Latina ..., 3.ª ed., Barcelona 1867-1896, 6 vols., porque los textos que incluye Arias Montano coinciden, con ligerísimas variantes, casi todas ellas de ortografía o puntuación, con el texto latino de Scio.

de otros, controladas y colacionadas por los sacerdotes, estuvieron al alcance de muchos Israelitas para instrucción y explicación de la lectura así como para necesidades públicas y privadas; aquellos libros, pues, fueron puestos al alcance de todos, niños, ancianos, hombres, mujeres, de acuerdo con cuya norma tuvieron que regirse todos los asuntos de la vida de cada uno de ellos. «Pues ahora Israel oye los preceptos y los juicios, que yo te enseñé, para que haciéndolos, vivas, y entrando poseas la tierra, que el Señor el Dios de vuestros padres os ha de dar. No añadiréis á la palabra, que os hablo, ni quitaréis de ella: guardad los mandamientos del Señor Dios vuestro, que yo os intimo» [Dt 4,1-2]. «No te olvides de las palabras, que vieron tus ojos, y no se caigan de tu corazón en todos los días de tu vida. Las enseñarás á tus hijos y nietos» [Dt 4,9]; y muchas otras cosas que Moisés añadió a esta frase en aquel lugar para la promoción de la lectura de los libros sagrados, y de la continua meditación y recomendable recuerdo.

Pero como se procurase frecuentemente por malicia, astuto proyecto y celoso empeño de Satanás que las mentes de los hombres se alejasen de la lectura y meditación de los libros sagrados, pues a menudo la indolencia humana degenera del honesto trabajo y desvelo hasta la desidia y las vanas preocupaciones, y Satán maquinase para conseguir lo que deseaba, sucedió por fin que una vez que tuvo lugar la dispersión del pueblo Israelita, y corrompidos los hombres por un hábito vicioso, no sólo se interrumpió el estudio de los oráculos divinos, y casi se extinguió todo recuerdo y práctica del mismo, sino que excepto aquel primer ejemplar de la ley sagrada que se conservaba en el arca, apenas quedó en un estante público en toda aquella antaño ciudad santa de Jerusalem un ejemplar de este gran tesoro; su lectura fue considerada totalmente extraña por los Escribas, los Sacerdotes y los mismos Reyes, y del todo antigua. Aunque ya por aquel tiempo algunos ejemplares de la ley divina, escritos por orden del gran rey Josías y el cuidado de los sacerdotes y escribas, se fueran transmitiendo, no sólo a los estudiosos sino también a todo el pueblo, sin embargo, conmocionados no mucho después los asuntos de Israelitas y Judíos, y sujetos los hombres mismos a una larga y pobrísima servidumbre de setenta años, no pudo evitarse el que sobreviniera también algún daño en los libros sagrados, sea porque quienes antes fueran sabios y expertos en su lectura, oprimidos por la pobreza y cuidado de los asuntos familiares así como por un trabajo duro y asiduo, no pudiesen dedicar la atención que el asunto requería a los libros sagrados, con total esfuerzo de mente y espíritu, sea porque, perdido ya el uso familiar de aquella lengua, y trocado en uso de un lenguaje extraño, el genuino sonido de las palabras Hebreas pudiese ser pronunciado por todos menos adecuadamente de lo que, a no ser con gran cuidado, permitiese el cansancio de la continua adversidad, sea porque, desaparecidos los hombres más viejos, los que les sobrevivieron, nacidos y educados en tierra y lengua extrañas, pronunciasen a imagen del lenguaje común cualquier cosa que leyeran en los

libros sagrados. Es cosa sabida de todos cuantos leyeron los relatos antiguos de los Hebreos que el uso de la lengua Hebrea por parte de los Judíos degeneró primero a la lengua caldea, y tras volver a la patria después de la cautividad, al Siriaco. Y como los Hebreos y Caldeos, así como otros que conservaron las lenguas de estas naciones, aunque degeneradas, acostumbraban a escribir, como los Árabes y Sirios, los libros y todos sus escritos sin vocales, y lo que es más, todos los volúmenes sagrados de la Ley, los Profetas y los Salmos tuvieran en el pasado esta forma, no sería de extrañar que por el daño de los tiempos, o por causa de las calamidades que sufrió el pueblo, o por incuria de algunos copistas, se deslizara algún tipo de error en la escritura de los libros sagrados, que reparado después escrupulosamente por varones sapientísimos, cuales fueron Esdras, y después Gamaliel, José y Eleazar, y otros de gran fama, se procurase que, al no ser el uso de esta lengua tan común como antes, aunque se conservara un tanto entre los sabios, se velara con tan gran empeño que se mantuviera la sagrada lectura totalmente íntegra e incorrupta. Recibida y perfeccionada desde aquel colegio o institución de estos hombres, por medio de discípulos, en siglos posteriores, creemos que aquel utilísimo tesoro se ha conservado hasta nuestros tiempos, el cual, por el hecho de transmitir a quienes lo desean, abundante y fidelísimamente, diversas y cualesquiera que fueren lecturas de aquellos libros, fue llamado *מסורה*, es decir, tradición o tradicional, y fue conservado desde antiguo con atención, cuidado y diligencia tal que no pudiera deslizarse la menor discrepancia en los diversos ejemplares, ni pudiera ser modificado jamás por el cuidado y perspicaz talento y juicio de cualquiera; respecto a cuyo conocimiento han de tenerse en cuenta dos cosas grandes y justas, y muy convenientes para refutar a los displicentes calumniadores, que pueden probar que la divina providencia vela perpetuamente por la integridad de los libros sagrados. La una es que casi cualquier discrepancia de los libros, sea originada por deformación de la pronunciación antigua, sea por incuria o torpeza de los copistas, reside en la forma gramatical de algunas expresiones, y que está en los puntos, es decir, en aquellas vocales que están tan vecindadas, que al apartarnos de la recta pronunciación de una, casi está uno abocado a caer en la otra; lo cual vemos que no sólo le ocurre a ésta, sino también a todas las demás lenguas. Pues entre los griegos, *α*, *η*, *ε*, y *ι*, eran tan similares de sonido que las que se pronunciaban y escribían como Alfa y Épsilon por unos, consta que se presentaban y escribían como Ita y Iota por otros; de esa fuente emanaron aquellas variaciones del lenguaje Griego que se llaman Dialectos. Vemos también, y lo percibimos por la experiencia cotidiana, que los hombres de una lengua que procuran diligente y afanosamente pronunciar una extranjera, sin embargo, con mucha frecuencia se desvían del sonido genuino hacia las vocales vecinas. El Italiano, cuando imita la lengua Española, pronuncia, en vez de *señor*, *signor*; en vez de *nuestro*, *noestro*; por contra, el Español pronuncia en vez del Italiano *signor*, su *señor*; en vez de *puoco*, presenta *poco*.

Es más, en una misma lengua y en una misma ciudad, quienes pronuncian de forma poco culta, dado que la mayoría son a veces un tanto descuidados y palurdos, caen las más de las veces en esta similitud de vocales. Pues, por aducir sólo ejemplos lingüísticos procedentes de mi país, aunque podría aducirlos de corrido de otros que también conozco, oímos pronunciar en lengua Española en vez de *principe*, *prencipe*; en vez de *iustitia*, *iostitia*; y, sin embargo, aunque se admita esta diversidad en las vocales, sea por defecto, sea por buen sentido, en tanto que se mantenga bien pronunciada la naturaleza de las principales consonantes, no se sufre detrimento alguno en el significado, pues el Italiano sabe fácilmente a qué le alude el Español cuando dice: *señor nuestro*. El Español que posee una pronunciación más erudita no se deja engañar, por lo que se refiere al significado, cuando oye de los palurdos, *Señor prencipe demando iosticia*; por no hablar de los muchos casos que los Latinos incluso llegaron a escribir por afinidad y transferencia de sus vocales, como de Sylla, Sulla; Vertuno, Vortuno; Mesii, Misii; vestrum, vostrum, y demás. Todas las de este tipo, todas, nos inducen a declarar que no existe apenas detrimento alguno de sentido en la lectura de los libros sagrados, allí donde la diferencia consiste sólo en la analogía de los puntos vocálicos o bien en la cantidad, como que se lea breve, en vez de larga, que haya escrita una semibreve, en vez de breve, en un mismo pasaje de lectura, por una a simple, una compuesta, en vez de e, i, en vez de u, o, o viceversa, donde se escribe una letra doble, es decir con daghes, en vez de una simple, que lleva raphe. Y sin duda la mayor parte de la variedad en estas lecturas radica en la discrepancia de los puntos, como se demostrará en la totalidad de esta Masora, o claramente en el volumen de las varias lecturas. Pero hay otro tipo de divergencia en aquellas letras consonantes que, por semejanza de pronunciación, o por semejanza de forma, están estrechamente relacionadas las unas con las otras, como son אהוי, כפת, בגד כפת, ח, ר, y otras, cuya afinidad cualquiera puede observar fácilmente en el tipo cuadrado de caracteres que usaron los Judíos desde la dispersión de los Israelitas, o que también puede advertirse en aquel otro antiguo, que habiendo sido común a todos los Israelitas, se ha conservado entre los Samaritanos, quienes no son desconocedores de aquellas letras.

Existe también otra diferencia que, aunque se descubre en ejemplos más raros, pudiera acarrear a los lectores mayor duda o esfuerzo para determinar cuál sea la lectura auténtica —ésta es, cuando se indican palabras totalmente distintas tanto en pronunciación como en significado, la una en el texto mismo de la lectura, la otra anotada al margen, como son ישכרנה ישגלנה ובעפלים ובעפלים, ובעפלים, que son realmente raras— teniendo en cuenta la gran antigüedad de estos libros, y las calamidades de aquellas gentes entre quienes fueron conservadas. Éstas, sean del género que fueren, aunque pueden comprenderse con un juicio recto observando la frase anterior o posterior, sin embargo, cuando en otro tiempo se dijo que discrepaban, sea por tradición, sea por

cualquier otro motivo, fueron recogidas con tal veneración, que pareció que debían ser consignadas en la Masora con todas las demás; ninguna de ellas fue rechazada, por el contrario, unas y otras fueron consideradas dignas de ser conservadas y reunidas. Pues aunque la una hiciera la frase más fácil y comprensible, sin embargo, se comprobaba que la otra la volvía también más rica y con mayor precisión de significado. La que acabamos de indicar es la más importante de todas las cosas en lo que se refiere a la mudanza en la lectura Hebrea, cosas que cuidadas diligentísimamente, reunidas y enumeradas desde hace muchos años —su número exacto no consta— hasta nuestros tiempos, en todos los ejemplares manuscritos de la Biblia que hay en Asia, o en África, o en Europa, escritos sin discrepancia alguna, son tenidas en gran consideración de todos los que los leen. Pues no pensamos que la similitud y constancia de estas Masoras carezca del manifiesto apoyo de la divina providencia, al ver que tal no sucede en otros libros, sean Caldeos, Griegos, o Latinos. Que existe y existió un uso antiquísimo de esta Masora, nacido casi a partir de los primeros avatares de los Israelitas, lo enseñan tanto esta misma cosa que, poco más o menos, como dijimos, consiste en la variedad de pronunciación, como todos los libros de los sabios Hebreos, en los que se cita frecuentemente la autoridad de la Masora. Tenemos ante nosotros manuscritos bíblicos Hebreos completos, de cuatrocientos años de antigüedad, como indica la escritura; los hay en la biblioteca Complutense, más antiguos que los nuestros; hemos visto unos correctísimos en Bolonia, en el monasterio de los Dominicos y en el convento de los Canónigos; hemos visto unos ejemplares magníficos y antiquísimos en los Dominicos de Milán; en todos los cuales la Masora, escrita invariable y coherente consigo misma, es idéntica a la que circunda los códices Vénetos y Bombergianos. Y porque consideramos que no es menos útil que las varias lecturas en otras lenguas, incluso más útil que las restantes, nos hemos cuidado de añadirla fielmente a este venerado Aparato de la Biblia Regia, incluida la interpretación de las palabras que parecen discrepar no tanto por razón gramatical cuanto por el significado mismo, para que el lector docto, puesta una lectura al lado de la otra, se ejercite en aquel arcano arte de dar con la frase, y él mismo, libremente, cuando tal razón encontrare, juzgará abiertamente que, en justicia, ningún sentido puede rechazarse.

Más aún, ya desde el principio se emplearon en la Masora las palabras כתיב קרי יתיר para indicar variedad de lectura, cuyos significados son: כתיב indica que así está escrito en el texto; קרי que así suele leerse; יתיר enseña que, contra la regla gramatical, sobra una letra o punto. Quien leyere atentamente y con ánimo sereno todas estas cosas, comprenderá de cierto que ni por el rigor de los tiempos, como podría presumirse, ni por envidia de los Judíos, como quieren reprochar algunos (que, sin embargo, no indican el autor, ni el tiempo, ni el motivo cierto, por el que los Judíos tal hicieron) ha sucedido una calamidad tan grande cuanta oímos que proclaman los desconocedores de esta

antiquísima Masora. Por lo demás, esto hay que advertir y rogar a todo lector cristiano: que movido por el solo deseo de ejercer y promover la piedad, haga uso de todas aquellas lecturas que pertenecen a la explicación y conocimiento de la palabra divina; pero que evite la discusión, cuya utilidad se probó ser ninguna en lo que se refiere al cultivo de la piedad. Fechado en Amberes, idus de Enero, 1572.

Benedicti Ariae Montani de Psalterii Anglicani exemplari animadversio

Siendo así que no hay nada tan dañoso al tratar de artes y ciencia como tener lo incierto por cierto, estimamos que el lector ha de ser advertido de que no todos los ejemplares manuscritos que alguna vez se recomiendan merecen la misma confianza que podría otorgárseles por la autoridad de quienes los recomiendan. Lo que ya habíamos descubierto con frecuencia en otros libros, podemos señalar claramente en un Salterio Anglicano escrito en caracteres Hebreos, el cual, con la fama de ejemplar correctísimo y antiquísimo, es encarecidamente alabado por un muy docto autor de nuestro tiempo, hombre de particular dignidad en la Iglesia, amigo nuestro poco común, en un libro compuesto por él, *De optimo genere interpretandi scripturas*; pues sosteniendo el autor en ese libro que muchos pasajes están desfigurados y corrompidos en las Biblias Hebreas por maldad de los Judíos (como suele decirse), parece basarse cumplidamente en la autoridad de un antiquísimo ejemplar del Salterio, que dice ser tenido en Inglaterra como de gran valor y haber pertenecido a San Agustín, en otro tiempo arzobispo de Canterbury; y que en él son correctas muchas cosas que están corrompidas en otras Biblias, como el que siempre se escriba *Ierusalem* y no *Ierusalaim*, como se lee en muchos otros, y como verdaderamente se llamaba aquella ciudad, *Ierusalaim*, según ha sido demostrado por nosotros en la Geografía. (Pero de este nombre, *Ierusalem*, el mismo autor trata en otro lugar más que en ese libro). Después trae allí otro pasaje, que dice conservado íntegramente [en ese Salterio], pero mutilado en los demás, del salmo decimotercero, en el cual dice que hay unos versículos que no están en los otros חלקיקון לטונם [Ps 5,10], pues así cita él mismo el pasaje ⁴, con otros [versículos], hasta הלם ידעו כל פועלי און [Ps 14,4] ⁵, los cuales versículos además de que revelan claramente una novedad de lengua y estilo ajena a la fraseología del Salterio para quienes tienen algún gusto de esa lengua, además de ser inaudita en los libros sagrados e inapropiada para el juicio divino la expresión מנל רע, claramente rabínica, introducida en aquellos versículos no sé por qué razón, además de la

⁴ La cita contiene errores de vocalización y aun consonánticos (לשונם por לטונם), y de ahí la precisión de Arias Montano: «pues así cita él mismo el pasaje».

⁵ Que es el Ps 13, según la numeración de la Vulgata.

estructura inadecuada de aquellos versículos, discordante de los demás poemas del salmo, además, digo, de todas estas cosas, no me parece que puedan probar la antigüedad y autoridad de tal ejemplar más que otros innumerables lugares desfigurados en ese mismo libro, desde el salmo primero hasta el último; de entre éstos, uno es el del salmo nonagésimo sexto, versículo décimo: *Dicite in gentibus quia Dominus regnavit*. Aquel autor dice que se echa de menos *à ligno*, de forma que fuera el hemistiquio *Dicite in gentibus quia Dominus regnavit à ligno*; pues algunos afirman que aquella parte, *à ligno*, había sido suprimida en otro tiempo por cuidada astucia de los Judíos, y citan como único testigo de tal afirmación al autor griego Justino mártir. Como pensásemos que para el conocimiento de esta obra sagrada de la Biblia nada había que dejar de buscar, ni ceder a dificultad, ni a lugar, ni a tiempo, y reuniésemos varios ejemplares Hebreos, Griegos, Caldeos y Latinos (favoreciendo Dios nuestros esfuerzos), conseguimos incluso aquel mismo códice del Salterio llamado Anglicano, que poseía el sapientísimo y piadosísimo Juan Clement, de la familia de Tomás Moro; éste nos hizo una copia de un magnífico ejemplar del Pentateuco Griego y de este Salterio. Pero al ver el Salterio, encontramos no menos de lo que esperábamos. Ante todo ni el libro es antiguo ni ha sido copiado correctamente por alguien que comprendiera la lengua hebrea, sino por un escriba no inexperto en hacer letras latinas, hacia el siglo pasado, realizado ochenta o como mucho cien años atrás; un pequeño códice en pergamino, de estilo Hebraico, más relacionado con la imitación y pericia de pintar que con el conocimiento de la lectura, tan mal escrito, que apenas alguna palabra pareciera conservar su integridad. Tiene la versión latina de algunos Salmos, no nuestra vulgata, sino una mixta, con las conjunciones disyuntivas *vel, vel, vel* y breves notuelas de diversos comentaristas que huelen al estilo de Jacobo de Valencia. Pese a haberme percatado de que el asunto era totalmente pueril, sin embargo, me fui al Salmo noventa y seis; allí no sólo no encontré en modo alguno el testimonio *à ligno*, sino que eché de menos todo aquel medio verso, a saber, *Dicite in gentibus quia Dominus regnavit*; y, sin embargo, aunque se echan de menos en todo el libro muchas palabras y frases completas, no falta nada que estuviera antes escrito; la escritura es íntegra y continua, y (como dijimos) casi de ayer; los puntos vocálicos, desde el Salmo vigésimo quinto en adelante, son de la misma tinta que las letras, y hechos al mismo tiempo; en cambio, desde el principio mismo del libro hasta el Salmo XXV, además de la tinta, están obscurecidas con minio o color verde; ningún acento, en algunos lugares son bastante abundantes en Raphe, y presentan la forma del acento, a quien se fija, más descuidada. Algunas letras mayúsculas, en los comienzos de los Salmos, son doradas, otras rojas, algunas verdes, muchas purpúreas de heliotropo; todas las cuales, sin embargo, recuerdan más la forma Latina que la Hebrea. Por lo que toca a la antigüedad, saben los Filósofos y Pintores qué edad le corresponde al color de la hierba de Heliotropo: apenas llega a cien años; pero mucho más

claramente la escritura por sí misma y la tinta indican un códice casi de ayer. De la misma manera que debe ser sagrada la confianza en los ejemplares de los cuidadosos escritores antiguos, así conviene no otorgar ninguna, aunque se encontrasen mil, a uno que además de nuevo, es inadecuado. Que el libro se atribuyera a San Agustín, se debe a lo siguiente: en los pergaminos finales en blanco hay escritas algunas palabrillas, al modo en el que solemos escribir cuando hacemos pruebas templando el cálamo; pero fueron puestas por el autor con unas letras de dibujo muy tosco, entre otras cosas, estas palabras dos veces *Hic liber Sti Augu Cantú. liber Sti Augu Cant*; y quienquiera que fuese su autor, u otro, raspó del primer lugar con un cuchillito *Sti Augu Cantu*, y en el segundo, raspado todo lo demás, dejó aquello de *liber sa*; sin embargo, raspó de manera tal que queda al descubierto la lectura íntegra cuando se pone el pergamino al trasluz; en efecto, estaba la tinta demasiado adherida para que él pudiera borrarla, si era eso lo que pretendía. De aquí procede evidentemente el valor y autoridad que le fue dado al libro, pues se lee claramente en el segundo lugar *Liber Sa*. Y las demás cosas se leen al trasluz en el pergamino raspado. Hay después en su lugar medio verso del mismo tipo, que rítmicamente dice aquello de *Liber sa. sed litera est nescio qua*. Tal es la antigüedad y abolengo del códice. Es más, el mismo libro, tal como está, les fue mostrado en Amberes a muchos doctores y peritos de las letras Hebreas, y fue devuelto por nosotros a Clement, a quien pertenecía; pero habiendo muerto éste, después nos fue traído y colocado en nuestra biblioteca. Para dar un pequeño ejemplo de todo el asunto que pueda bastar para valorar las cosas retantes, hemos procurado pasar aquel mismo Salmo nonagésimo sexto, fielmente descrito según aquel testimonio, por este nuestro examen crítico. Vea el lector en qué forma se ajusta a la verdad Hebrea, y en qué forma se ajusta a nuestra versión vulgata.

EMILIA FERNÁNDEZ TEJERO
CSIC. Madrid